

Cartas científicas de Larrañaga

INTRODUCCIÓN, EDICIÓN Y NOTAS

Introducción

I

Si de alguna cosa estoy cierto, respecto de la existencia de un pensamiento propio reflejado en nuestras letras, es de que, quien en día venidero intente socavar las entrañas de la variada producción literaria del siglo XIX en el rincón del mundo que ocupa la República, desechará con el estigma de extranjeras, no pocas labores apresuradamente trabajadas y puestas en circulación. Si hay un pensamiento oriental, es aquel ponderado e indígena, inexperto, sin duda, acre a las veces, pero entrañado en el solar nativo, espontáneo florecimiento de una gema rebosante de vida.

Por cima de la literatura en boga, ora preciosista o parnasiana, ora desaliñada y febril, flota con nimbo de tranquilas luces el consolador fantasma de la idea étnica de nuestro pueblo.

Todos los escritores que el pueblo sencillo respeta.

por instinto más que por científico conocimiento, esos escritores que han amojonado la historia azarosa del Uruguay, apareciendo entre los combates y guerrillas como en segundo término, para luego narrarnos los sucesos, esos escritores de no interrumpida cadena de tradiciones intelectuales, son los representantes del pensamiento oriental.

Llegan sus luces hasta nosotros por su actuación política y social, y el ideólogo, el sabio, el economista quedan velados por las decoraciones oficiales, pero es menester apartar el relumbrón y otear la sombra y el claroscuro.

A la altura de las presentes investigaciones, no creo temerario sostener que el padre Dámaso Antonio Larrañaga es el fundador de la ciencia en el Río de la Plata, por la intensidad y videncia de aquella su nativa vocación de naturalista, por la abnegada constancia, por la absorbente dedicación que tuvo para sus amadas plantas.

Algún día se escribirá el modesto, pero sólido capítulo de nuestra ciencia, y detrás del padre Larrañaga el historiador pondrá la simpática y a veces grande sucesión de orientales que tuvieron holgar para trabajos mucho más vivideros que la gloria militar.

Esa sucesión aun, por dicha, no se ha cortado, y un anciano venerable, descendiente del botánico de los Migueletes, ha publicado, hace cinco años, un tratado, o mejor, tres tratados sobre la Botánica uruguaya y americana. Refiérome al correcto escritor don Mariano B. Berro, hacendado de Soriano, continuador en la parte histórica y práctica de los científicos criollos.

Voy a analizar con carácter expositivo el sólido y substancioso libro del señor Berro: « La Agricultura Colonial », que no es el único de ese autor, pues en 1909 nos dió el variado e interesante tomo « Ciudad y Campo », y en 1912 el curioso sobre « Historia de la Escuela en Soriano », y en los Anales del Museo, dirigidos por el fallecido prof. José Arechavaleta, insertó un inventario muy sabroso de « La Vegetación Uruguay » (1894). Para cerrar su labor (aunque él no lo creyó así, pues había madurado muy útiles proyectos editoriales cuando le sorprendió la muerte) el señor Berro sacó a luz las « Fábulas Americanas » de Larrañaga, fechadas en 1826. Me haré, muy luego, cargo de esos interesantes documentos ⁽¹⁾.

El libro que empiezo a estudiar abarca tres secciones: Historia del cultivo en el Río de la Plata desde el Descubrimiento hasta 1851, con abundantes noticias y consideraciones histórico-técnicas y no escasos datos sobre otras tierras americanas.

Ha puesto a contribución el autor, en esta sección, que constituye por sí un magnífico estudio de civilización agrícola, todo el largo caudal de su reposada erudición, matizando sabrosamente la correcta uniformidad de su estilo con agudas observaciones propias, como de quien conoce el asunto tanto en la vida como en los libros.

Hasta ahora no se había intentado hacer la historia

(1) Editó, además, en 1892, un libro de tendencias sectarias, que debe darse por no escrito.

de nuestra agricultura, y al señor Berro corresponde la legítima gloria de escribirla con sobra de materiales de información y espíritu comprensor de la historia.

Desde la admirable « Historia natural y moral de las Indias » del jesuita Joseph de Acosta, publicada en Sevilla en 1590, tan elogiada por Humboldt, que dijo de ella, entre otras cosas, ser « fundamento de lo que hoy llamamos física del globo », hasta el último número de la « Revista Histórica » de Montevideo y la 2.^a edición de las « Observaciones » de Pérez Castellano (1914), todo lo ha puesto a contribución el autor, que evidencia poseer erudición tan extensa como escogida.

Es tiempo de que la historia se estudie del punto de vista científico, haciendo menos exclusivista el actual sistema de « narraciones bélicas », cuyos resultados conoce por dura experiencia todo hombre sensato.

Tan noble y menos peligroso es enseñar a los niños la historia de una planta extranjera, sus vicisitudes en el suelo patrio, las hambres que aplacó, el ejemplo de afanes laboriosos suscitados por su cultivo, las velas extranjeras que visitaron nuestros puertos, los hombres de idiomas ignotos y lejanos que cambiaron por los frutos las monedas de sus patrias, la amplia visión del mundo, en fin, que surgió de nuestros primeros trigales ondulados por todos los vientos.

Siempre será verdad que la paz no prosperará mientras se enseñe la guerra. Pero surgen otros órdenes de ideas de ese hermoso tratado de historia agrícola: surgen las ideas de que no basta enseñar las amables

artes de la paz y su histórico desarrollo al lado del fortín guerrero de la conquista, porque las artes de la paz que se enseñen, deben ser « nuestras », para que tengan la virtud regeneradora eficaz y pronta. Ojos que no ven... ¿Qué puede importarle al niño que está educando su espíritu, el que le hablen del cultivo benéfico de los árboles amigos, si esos árboles y aquel cultivo no los une a la presente realidad de los desolados campos de la tierra? Hay que hablarle de lo propio, de los árboles que ven sus ojos en el jardín de la escuela, de los que contempla en visión rápida, pero retentiva, desde la ventana del tren, de los sembrados que recorre al través de estrechas sendas a caza de mariposas y grillos. En una palabra, la enseñanza debe ser nacional, aun sobre las ciencias más universales, pues el espíritu humano es sintético por su naturaleza misma, y a los pueblos que pretenden el progreso, se les debe señalar, si son nuevos, no síntesis ni concreciones mentales, más aéreas y presuntuosas que verídicas, sino el camino largo que se abre a seguida de un pórtico donde la verdad grabó un principio de trabajo enaltecedor: la especialización científica, tan repugnada de los espíritus ligeros e irreflexivos.

Uno de los desastres que aportó el romanticismo a las playas americanas, fué ese de « las síntesis geniales », de los escarceos sobre cuanto creó Dios en el mundo, y se libraron más de esa peste de bachillería las regiones trasandinas, donde los espíritus científicos abundan más que entre nosotros. Nacida en las pos-

trimerías de la Colonia, la generación sabia de Caldas, Luz y Caballero, García Icazbalceta, Andrés Bello, Seguro y Larrañaga emprendió con hábitos de severa disciplina y grandes dosis de perseverancia, sus estudios especiales, hasta que el romanticismo vino a rematar los desastres de las guerras inflando los espíritus sin nutrirlos, volviéndolos hipócritas desengañados de la vida por pura imitación convencional, cuando la ambición les dominaba y la sed de mando les cegaba.

Entonces los sabios de las postrimerías del siglo XVIII eran tenidos, como dice Bauzá, por « curiosos », y se aislaban, sin quererlo, del vulgo seguidor de los delirios románticos en boga.

La anarquía que impera en el mundo, donde parece que asistimos a una penosa época de incertidumbre espiritual, situación llamada por Ravaisón, con enérgica frase, « doctrina de la disolución universal », si no hace justicia a aquellos probos varones que pasaban oscuros para los « enciclopedistas lánguidos » de 1850, a lo menos tolera la resurrección de sus méritos, sin procurar desmerecer sus nombres con alguna patraña de que echaban mano para denigrar su ciencia con golpes florentinos.

Y ahora que don Mariano Berro, legítimo representante de nuestra simpática ciencia botánica, ha trazado con rasgos duraderos la historia de nuestras faenas agrícolas, reuniendo los datos dispersos en mil libros distintos y compaginándolos con sus preciosos recuerdos, la hora de justicia se considera más próxima en nuestros corazones.

Al lado de esos libros, manuscritos y cartas en que se prodigan soeces y repugnantes epítetos los hombres más venerados de los partidos de Rivera y Oribe; frente a las amargas horas que pasó la patria viendo en más de sesenta revoluciones claudicar la buena fe, la hidalguía, la caridad cristiana, el desinterés personal y político, podemos levantar la confortante reseña histórica de nuestro autor como un lampo que ilumine tanta miseria, y decir a la par de un literato, con honda convicción: la verdadera historia es « la que hace dormir », la historia de la paz y del silencioso laboreo.

II

El núcleo de criollos radicados en las inmediaciones del Real de San Felipe, cuyas chacras y estancias se extendían hasta varios kilómetros al norte del río Santa Lucía Chico, tiene en el adelanto agrícola un oficio capital. Ese núcleo de hombres medio gauchos y medio ciudadanos disfrutó las ventajas de una anticipada civilización, prematura por la crudeza de los tiempos, pero que hoy admiramos no sólo en lo que tiene de jalón progresista y ejemplo de laboriosidad, sino también por el valor personal y el arraigado optimismo requeridos para combatir sin tregua a los más variados factores de la incultura y la desidia.

La cercanía de la capital de esta Banda, cuyo prestigio de fuerza buscaron, nos dice que aquellos varones tesoneros tenían miras profundas sobre el porvenir de sus faenas. No es un secreto que Montevideo luchó

durante los años coloniales contra la rivalidad victoriosa de Buenos Aires, y las páginas de la Historia nos enseñan que hasta la Presidencia de don Manuel Oribe esa rivalidad opresora no había cesado (hojéese la correspondencia diplomática entre el Ministro Arana, de Rozas, y el Ministro Llambí, de Oribe). Pues bien: los chacareros y agricultores orientales no disfrutaron de las ventajas del cercano puerto de Montevideo por dos razones: la prepotencia bonaerense que agraciaba el régimen comercial español.

El señor Berro, en la segunda parte de su libro «Las plantas introducidas», hace una narración circunstanciada y compuesta de sus datos inmediatos y de los que sus lecturas le han proporcionado, de cómo llegaron los vegetales extranjeros a nuestro suelo.

Se echa de ver, desde luego, en ese artículo tan hermoso, que el autor circunscribe las noticias, por punto general, y en cuanto a las concretas noticias de importación, al radio de que hice mención antes; siendo tan extenso antes nuestro país, que llegaba hasta las Misiones Orientales ya arruinadas, cabe hacerse, al pronto, esta pregunta: ¿es posible que los hoy Departamentos de Montevideo y Canelones y parte de los de Florida y San José fuesen el único emporio agrícola de esta Banda? Creo que la respuesta debe ser afirmativa, y así el estudio del señor Berro resulta completo y no fragmentario.

Nuestro país ha sido y es esencialmente ganadero, la agricultura ha fracasado siempre en las regiones litorales, centrales y nórdicas, y solamente ahora algu-

nas inmigraciones extranjeras han logrado implantarla en la Colonia y en Río Negro, pues la mentada « Porvenir » de Paysandú es un ensayo continuo.

Las copiosas arboledas que hombres progresistas plantaron en Canelones y Montevideo, no conocieron jamás aquellas otras regiones del país, y solamente y en épocas muy cercanas a nosotros, en las orillas del Uruguay, los carboneros y monteadores plantaron álamos comunes (*Populus italica*, Moench) que se yerguen sobre los arenales y los boscajes tupidos que coronan el río. Algunos sauces llorones matizan la gran abundancia de los otros sauces silvestres, y nada más.

Las palmas imperiales (*Pyrethrum parthenium*, Smith) abundan en las islas mayores del Uruguay: son de tres a cuatro metros las más altas que he visto y se pagan a veinte y veinticinco pesos cada una. Es indudable que son plantación importada y no sería difícil averiguar la fecha en el Ministerio de Fomento argentino, pues siempre ha tenido en cuenta la procreación de la flora útil, como lo demuestran los miles de frutales (tangerinos, naranjos y limoneros) plantados en varias islas de su jurisdicción al norte de Paysandú, arriesgando mucho dinero por las frecuentes inundaciones del Uruguay.

Bien puede aseverarse, pues, que excepción hecha del litoral en muy pequeñas partes (una de ellas Vera, en Soriano) y de las plantaciones y cultivos del sur, ni los árboles ni la agricultura han sido estimados en el país.

Los estancieros antiguos y modernos no quieren saber de más « monte » que el natural, ni de más aguas que las existentes.

Todo esto avalora, como digo, la reseña del autor y realza a grande altura los tenaces esfuerzos de los Pérez Castellano, Berro, Errázquin, etc.

Hasta doscientas cuarenta y una plantas ha incluido el señor Berro en su enumeración, poniendo con toda claridad el nombre vulgar en seguida el latino y el autor que las estudió, y luego la historia de su introducción y la fecha, nombre del cultivador, sitio del ensayo y resultado. Noto de menos una estadística, siquiera aproximada, de las cantidades de cereales y hortalizas cosechados, lo que hubiera aumentado el interés de la extensa monografía.

Otro mérito posee esta sección de las plantas, y es llenar, aun sin pretenderlo, los vacíos del conocido « Vocabulario rioplatense razonado » del doctor Daniel Granada, cuya segunda edición, hecha en 1890, deja muchísimo que desear en todas sus partes, pero muy en especial en cuanto a los vegetales, los que confunde sin discernir los indígenas y los importados de otras regiones americanas o del otro lado del mar; y es muy de notarse que los de América vinieron en su mayor parte del Perú.

Del Paraguay supónese que sólo vino la yerba mate, y, según parece, los jesuítas no hicieron plantaciones forestales importadas en sus pueblos, y a fe que no las habían menester a la vista de aquellas estupendas maderas de los bosques del Chaco.

Nuestra bibliografía de Historia Natural es muy escasa, y aunque no voy a intentarla, diré que el núcleo principal corresponde al padre Larrañaga, cuyos trabajos están casi todos inéditos; y después hay estudios extensos de nuestra flora en Azara, Agassiz, Augusto Sainte-Hilaire, Bonpland, D'Orbigny, etc. ⁽¹⁾. Forman en esa lista las dos ediciones de las « Observaciones de Agricultura » del padre Pérez Castellano (1848 y 1914), los notables Anales del Museo de Historia Natural de Montevideo (1891 - 1899), donde hay trabajos tan meritorios como el nombrado de don Mariano Berro, « La vegetación uruguaya »; el extenso y sapientísimo de Arechavaleta « Las gramíneas uruguayas », después publicado en un tomo de 554 páginas; la original « Memoria de Larrañaga sobre la formación geológica del Río de la Plata », un estudio ameno del doctor Carlos María de Pena, otro científico del doctor Carlos Berg, ex director del mismo Museo y después jefe del de Buenos Aires, etc., etc.

Otro botánico laborioso es el español don Bruno Goyeneche, autor de un excelente tratado en forma de « Diccionario de plantas medicinales », de esta República, publicado en Paysandú. Es lástima que el señor Goyeneche haya olvidado sus aficiones juveniles, que le llevaron a tan buen resultado en esa obra. Sobre este tópico, el señor Paccard ha escrito un tomo ilustrado, titulado « Plantas medicinales de las Repúblicas Oriental y Argentina ».

(1) Vide « Revista Histórica », tomo I. págs. 178-706 y 828-842: « Naturalistas en el Uruguay », por Arechavaleta

En la sección didáctica es justo mencionar al doctor Jacinto de León, profesor de Física médica en la Facultad de Montevideo, quien fué colaborador del sabio botánico Arechavaleta en los inicios del Museo de Historia Natural. Fruto de esa labor son las dos ediciones del excelente tratado de botánica, publicadas la primera en 1883 y la segunda en 1886 y en 1888. El doctor de León no pretendió en esos libros de texto una originalidad imposible, sino que extractó pacientemente de los mayores sabios botánicos las noticias recientes y las más ordenadas catalogaciones.

Esperemos a que en los ensayos que salen a la luz, en los impresos oficiales del Ministerio de Industrias, en las publicaciones de la Facultad de Agronomía y en las revistas idóneas, se vaya perfilando la legión de naturalistas que una sus nombres a los de nuestra vieja época; pero es de temer que la generación esperada tenga más de profesional que de desinteresado estudio científico, y así nos lo hace temer el régimen actual de repudiar toda investigación « inútil », contra la enseñanza de las grandes naciones europeas, donde la ciencia engendra la industria y no la industria a la ciencia. El especialista trabaja en parcelas, a lo más en solares, donde puede ensayar bajo fácil inspección el curso del crecimiento y los latidos de sus plantas, por así decirlo. Los resultados que obtenga en cuanto trascienden a la generalidad, los anuncia al industrial, que los aprovecha sobre base científica. Este sencillo y natural proceso de las cosas no es tenido en todo su valor

por los americanos y el culpable desdén de su fórmula nos tiene retrasados en las avanzadas de la ciencia. Pueblos jóvenes los nuestros, no puede achacarse a cansancio ese cómodo sistema de recibir ciencia hecha fuera de casa.

Los que supongan que no hay materiales donde trabajar en esta humilde aunque grande ciencia de los vegetales, sepan que nuestro suelo, muy explorado en ciertas direcciones, es virgen en muchas otras. Las orillas boscosas del Olimar, del Cebollatí y de sus afluentes en el N. E. de la República; las sierras de Cerro Largo, Treinta y Tres y Minas ofrecen tesoros de historia natural, expuestos perennemente al viajero que tenga un poco de cariño por el estudio de ese maravilloso Reino de la Naturaleza.

La tercera y última sección del libro del autor, titulada: « Los meritorios », está empleada en salvar del olvido los nombres de muchas personas que en nuestra patria contribuyeron en mayor o menor escala al progreso agrícola. Encabezada por el padre Larrañaga, inserta el autor una serie de interesantísimas noticias, que desde ya quedan incorporadas a la historia, y en las que lucen los nombres de los Berro, don Bernardo Prudencio, don Pedro Francisco; Francisco Aguilar, Miguel J. de la Cuadra, fundador, con Fray Manuel Ubeda, de Trinidad (Flores); Pedro Margat, Doroteo García, José de Buschental el famoso banquero de la Defensa; Juan María Pérez, Domingo Ordoñana, Luis de la Torre, Ricardo Hughes, Pascual Harriague, Francisco Vidiella, Domingo Basso, Luis Sívorí.

La semblanza de Larrañaga contiene unas cuantas transcripciones del « Diario de observaciones y gastos de mi quinta » (1823), y por ellas se ve que el sabio fué el primero que usó en el Río de la Plata *el pluviómetro*, construido por él mismo. Su quinta sería hoy un modelo de huerta, pues pasaban las hortalizas y flores de ciento y los árboles importados expresamente llegaban a cuarenta y seis (en 1810), no faltando tres clases de Higueras, siete clases de Perales, tres clases de Manzanos; Abedul, Nogal, Olivo, Morera de China, Almendro y otros muchos exquisitos.

Varias otras biografías se basan en los datos de Pérez Castellano y en las copiosas noticias de la « Revista de la Asociación Rural », fundada por Ordoñana en 1871 (3 de Octubre).

Merece que se elogie la de don Bernardo Prudencio Berro, hecha con elementos del recuerdo personal, por los bellos cuadros campestres en que se describe la vida de antaño laboriosa y simple. Don Francisco Bauzá nos dejó en los « Estudios Literarios » un cuadro de costumbres: « Las trillas », y no me atrevo a decir que sea superior al que nos pinta el autor que juzgamos, pues si el estilo es de quien es, aunque en este caso no esté muy levantado, el reguero inapreciable de datos y pequeñeces que nos sirve el señor Berro con sobria y enérgica frase, la amplitud de sus conocimientos camperos, el ojo « hecho » a tales escenas, el sentir más hondo de la psicología nativa y la serenidad amable del estilo, le dan ventaja casi sobre nuestro gran historiador. Apunto una sola defi-

ciencia en el estudio del señor Berro sobre la trilla: ausencia del sentimiento religioso de nuestros criollos, que Bauzá no olvidó al decirnos cómo el labrador va a ofrendar a la iglesia las espigas primeras de la cosecha. Por lo demás, todos los aspectos de las labores agrícolas están acabadamente descritos, y entre los mejores, las « famosas corridas de bandera ».

III

Los innumerables escritos del doctor Larrañaga están dispersos por nuestra República y por la vecina; el más sencillo pensamiento que a uno se le ocurre, es decidir el acumulamiento general de esos papeles, ya sea por compras oficiales, ya sea por cesiones gratuitas, ya sea por copias intachables de los que no se pueden rescatar.

Es muy triste el pensar en la mala fortuna del sabio oriental. Personas hay entre nosotros que, si hablaran en letras de molde y nos contaran las vicisitudes y andanzas de los preciosos manuscritos de Larrañaga, dejarían pasmados a todos los espíritus rectos y patriotas.

Por causas que no expondré por enojosas y largas, perdimos buena parte, la mejor, del archivo de don Andrés Lamas, ¡y ahora se pretende imprimir los manuscritos que no se poseen!

Hay mucho de sarcasmo en todo esto, pero los que tomamos en serio las venerables reliquias del sabio, no dejaremos de mover la pluma, nuestra única

influencia, a fin de meter en la conciencia nacional un criterio de sensatez y de digna justificación para lo de antaño, bastante más hermoso que lo de presente.

No creemos, pues, conveniente que se hable de ediciones en libros si aun no se ha reconstruido el viejo inventario que hiciera don Andrés Lamas. Cúmplenos desde ahora hacer propaganda para que se denuncie por los mismos poseedores, los papeles que del padre Larrañaga andan dispersos «y quizás sin el nombre de su dueño».

Las tres oficinas idóneas de nuestro país abrirían registro de inventario: se recibirían los papeles donados, se copiarían los no cedidos, se comprarían los ofrecidos en venta.

Al mismo tiempo el Archivo Histórico Nacional, debidamente autorizado, procedería a investigaciones en Córdoba, Buenos Aires y Río Janeiro, con el mismo empeño.

Con esta labor se clausuraría el período de inventario. Luego la clasificación y selección, y entonces todos los materiales estarían listos para entregarlos al crítico naturalista y al crítico histórico y literario, los cuales dos terminarían el *engarce* de la obra.

Porque el doctor Larrañaga necesita ser actualizado, por así decirlo, puesto contra la luz, para adquirir el poder plástico y viviente que la enmohecida pátina del tiempo apagó y borró en parte.

El amor al maestro a que se abrazó entrañablemente toda su laboriosa existencia, el gran Linneo, ha demostrado con evidentes pruebas que Larrañaga vió en

la Estrella Polar del Norte, como le llamaba, al genio imperecedero de la Botánica.

Pudo en sus últimos años percibir el alejamiento de su Estrella, y, ansioso de saber bien todo lo de su ciencia, no despreció a los nuevos luceros aparecidos en el cielo europeo, y bebió luces en Lamarck, y en Mesnier, y en Jussieu, y en Humboldt; pero nunca dejó de poner los ojos en su Estrella Polar, como presintiendo amaneceres cercanos.

En efecto, Linneo es para muchos sabios el guía más cierto para entrarse por ese alcázar de las plantas, verde como la esperanza.

Su sistema sexual es, de todos los artificiales, el que más especies incluye, no obstante tener apreciables excepciones.

Otra labor necesaria en el botánico estaría en recuperar para Larrañaga la prioridad de clasificación y descripción de miles de plantas y de varias docenas de animales entre aves y mamíferos, algunas más exactas o apropiadas que las traídas por el ilustre viajero francés d'Orbigny.

La modestia excesiva y dañosa de Larrañaga, unida a aquel sesudo afán de perfección tanto en la materia como en el estilo, le retrajeron del libro y del impreso en general, dejándole inédito e indiferente al éxito resonante de sus amigos extranjeros, y sin que el justo celo de su nombre le encendiese fuego de publicidad y encomios. A la verdad que no parece discreto censurar mucho esta rarísima prenda, llevada por desdicha a su extremo en el sabio, pues no corre peligro de ser calcada.

¿Cuándo podrán ser útiles estas reflexiones? No sabemos, porque el plan metodizado no fué jamás patrimonio de nuestra casa, y todavía habremos de congratularnos porque algún animoso particular tome la obra en sus manos.

Lo que sí quiero advertir, es que la publicación de documentos inéditos debe hacerse *literalmente*, es decir, sin quitar ni poner letras, ni signos, sino en su desnuda sencillez, «ad pedem litteræ». Mucho se abusa de esto en transcripciones, mejorando en tercio y quinto los originales, y hasta mudando palabras que al editor no agradan.

Tenemos enérgicos ejemplos de probidad científica en la Europa sabia, y ella es maestra en hagiografía y paleografía, tanto como en cañones y morteros.

Hay en aquel singular prurito ahorrativo de nuestros padres y ascendientes, en aquel fijarse en menudas supresiones de letras, un alto sentido de la vida: ganar el tiempo para las cosas grandes. Por eso quedamos estupefactos mirando y remirando sus obras, dignas del buen Hércules, así en la ciencia especulativa cuanto en los formidables bastiones con que defendían los fueros propios y los reales. Larrañaga se quejaba de falta de tiempo, y la más sencilla de las tareas que él llenaba en sus ocios, que decía eran escasos, nos traería hoy mareados de trajinar. Hemos perdido el tiempo, y hemos perdido también algo más que el tiempo: el espacio, porque no estamos ni sabemos estar quietos en ninguna parte.

Y si ahora notamos esas cosas en las antiguas es-

crituras, algo verán más que nosotros nuestros nietos, y la verdad íntegra se acercará más y más en el espíritu humano, sin que sea lícito cerrar las ventanas a ninguno de los que tocan ese misterio del mejor vivir. Y las obras de los grandes hombres deben contemplarlas todas las generaciones.

Fácilmente me perdonaréis mis filosofías en gracia del cariño que supongo en todos a lo nuestro, y así vuelvo a encarecer la urgencia de poner este asunto, no en el gastado riel de las Comisiones, sino en manos de una sola entidad, con medios suficientes para una empresa seria y decisiva en homenaje a nuestro gran sabio.

Cuba honra a Luz y Caballero; Venezuela a Baralt; Perú venera al inca Garcilasso; Colombia publica con notables comentarios las obras de Caldas; Chile continúa sus loores a Bello; la Argentina nos da un ejemplo largo y contundente del aprecio en que tiene a sus hombres, comprando por treinta mil pesos oro los papeles de Lamas, que el gobierno de Batlle se negó a adquirir por diez mil...; y nosotros... pensamos ser plata perdida la empleada en lustrar la fama de un escritor oriental. Para hacer propaganda nacionalista, se dice siempre, no es adecuado un libro de literatura ni uno de versos: convienen los anuarios de la Estadística, los libros voluminosos del Registro Civil, las memorias ferrocarrileras, de puentes y caminos, ministeriales... ⁽¹⁾. ¡Lastimosa ignorancia! Esos li-

(1) Una memoria ministerial de 1918 costó la friolera de \$ 4.000 oro. La ingente cantidad de los dineros públicos invirtióse en rellenar un soberbio tomo (y lomo) con decretos y cargos expedientiles ya publicados en el «Diario Oficial», en los periódicos y en los repartidos legislativos.

bro pesadotes e insulsos que nadie lee, porque son inleíbles, se prestan para envolver alcaravea y ajonjolí, no, en verdad, para hacer conocer nuestra vida interna. ¿No han dicho mejores elogios de la patria el « Tabaré » de Zorrilla, las insuperables páginas críticas de Rodó, los donaires de la poesía ágil de Roxlo, las severas narraciones históricas de Bauzá, nuestro Salustio, nuestro Tácito?

Y, sin embargo, los anuarios y memorias pesan sobre nosotros y sobre el tesoro público en forma ya insoportable. Recuerdo que en 1910 una poderosa imprenta montevideana enviaba su cuenta de impresiones al Gobierno: ¡treinta mil pesos oro! ¿Cuántos volúmenes útiles ha impreso el Estado de entonces acá? ⁽¹⁾.

Por eso yo protesto cuando se dice que no hay dinero para obras de historia y de arte, nacionales; suprimid algo de las montañas de papel impreso de las oficinas del Estado y cededlo a uno de nuestros sabios, o alguno de nuestros artistas, y no digo de los muertos, porque esa casta de gentes se da el peregrino gusto de no morir nunca, al revés de los acaudalados burgueses cuyas fortunas se reparten y la túnica se rifa.

¿Pensáis que las plumas excelsas de Mitre, Sarmiento, Estrada, Gutiérrez y Alberdi no trajeron el

(1) Las Usinas Eléctricas del Estado y las Comisiones Financieras del Puerto de Montevideo insumen en lujosas y costosas impresiones miles de pesos, también. El Consejo N. de Administración ha empezado a corregir esos dispendios.

bienestar a las playas argentinas? De nada hubiera servido que Roca conquistase el Desierto de la Pampa, si la desolación no huyera con las olas de la madre Europa, y la madre Europa se enteró bien de cómo andaban las cosas por allí; y como allí los grandes estaban holgados y estimados de todos; y como allí se veneraba a los prohombres de la Independencia sin odiar al extranjero; y como allí se había metido un sagrado y reconciliador espíritu patriótico, por eso Europa fué a la Argentina y la revivió.

« Nuestra generación, que es posteridad, escribe José Bianco, un educador argentino, puede juzgar la acción militante de estos dos adalides del pensamiento nacional. Sarmiento y Alberdi fueron obreros del pensamiento humano. Los odios del pasado se esfuman en el presente. Enemigos en vida, la muerte los reconcilia. El panteón de la historia reclama sus nombres. »

Y bien podemos asegurar que si el alma de la filosofía de la historia es la benevolencia y el entusiasmo, Bianco está en lo cierto: su generación es posteridad. Hayamos, pues, benevolencia para los nuestros, y un sabio como Larrañaga, que sólo hizo bien, cuya situación fué siempre de concordia hasta morir a orillas del Miguelete, cuya débil corriente separaba los campos del Cerrito y de la Defensa, merece no sólo benevolencia, mas antes entusiasmo por toda su amable personalidad.

Nunca seremos pródigos de nuestro dinero para estas empresas intelectuales que al fin acendran y

ahondan la Patria, que es una idea y no una regla de tres.

Y ya que siempre se habla de la Deuda Consolidada, no se olvide que nuestras verdaderas deudas son éstas para con los propios acreedores nativos.

Ruskin, un inglés genial que poco tiene que ver con los ingleses vulgares de hoy día, escribió unas consideraciones estupendas por su gracia y por su significado: « Cuán inconcebible es, en el estado presente de nuestra sabiduría nacional, que eduquemos a nuestros aldeanos en un ejercicio de libros, en vez de educarlos en un ejercicio de bayonetas; que organicemos ejércitos de pensadores y no ejércitos de asesinos; que encontremos una diversión nacional en los gabinetes de lectura, así como en los campos de tiro; que demos premios por un buen blanco en un hecho, como por un taladro del plomo en una tarjeta! ¡Cuán absurda parece la idea de que las riquezas de los capitalistas de las naciones civilizadas lleguen a sostener la literatura en vez de sostener la guerra! »

La cita es larga, pero no parece fuera de razón. No le faltan a la República literatos que merecen ser sostenidos. Empecemos por los de antes, a lo menos. Con los datos que poseo y otros que me callo, si sus libros los lee nuestra juventud, yo os prometo que Larrañaga no será un mal profesor de tiro al blanco.

Hubo en el espíritu del padre Larrañaga algo más que la honda predilección botánica y zoológica, cuya fama es la mayor parte de su fama; también entróse en otros campos de la ciencia del hombre para ras-

trear el corazón de piedra de los indios minuanos y chanás, para enfocar los astros en las noches despejadas de nuestra tierra y hasta para llevar adelante una no pequeña labor antropológica, de que nos quedan apenas reliquias. Escribía el 3 de Agosto de 1808 a su íntimo amigo y antiguo condiscípulo en el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires, el benemérito Deán don Saturnino Segurola, que para cuando fuese viejo dejaba la astronomía con su telescopio y sus globos: «los viejos son muy cavilosos, y así es la edad más propia para los cálculos profundos.»

Tenía telescopio y globos celestes y terrestres, su sed de saber era inagotable.

En otra carta, fechada el 18 de Julio de 1808, inédita como la anterior, diserta a su amigo don Bartolomé Doroteo de Muñoz, aquel que en Montevideo se negó a ser examinado por el obispo Lué, y a la sazón capellán del regimiento de infantería de aquella ciudad, sobre la edad del hombre, haciendo revelaciones que nos indican el norte intelectual y el cuño y filiación científica de nuestro sabio Larrañaga. De pura estirpe española, no desmintió la casta ni quedó en cuanto a la orientación espiritual retrasado de su época. En esa epístola declara que acopiaba sin descanso y con todo celo, de la verdad los datos más sencillos que la realidad le presentaba, vencida por los ojos poderosos de la observación, ora fuesen de la vida animal, ora de la racional. Aquella aguda observación de que América sería una amalgama de razas de to-

das las partes de la tierra con el sistema colonial de la esclavitud, merece recordarse, porque Larrañaga no perdía de vista nunca su traje talar ni su fe cristiana. Las teorías materialistas propagadas por el francés Lamarck, precursor legítimo de Darwin, ya habían tomado asiento en los claustros científicos de Europa, y Larrañaga pudo leer desde Buffón insinuaciones sobre los orígenes de la especie humana y las imaginaciones de la escala animal. Ideó desde entonces trabajar con tesón y sereno ánimo de investigador en tales estudios, a los que habrían de servir las anotaciones de que habla a su grande amigo Seguro.

Y llega a tanto su buena fe profesional, que dice: «Yo a lo menos no dejo de notarlo, y voy recogiendo todos los hechos que puedo, o para desmentir a tanto pícaro libertino, o para confirmarnos en la virtud.»

Estos ejemplos clasifican al padre Larrañaga entre uno de los hombres más prácticos del siglo xix, de aquellos hijos de la extinguida raza de los grandes polígrafos.

Sediento de todo saber, no despreció nada de cuanto la Naturaleza cría y presenta a nuestro culto de amor. Pudiera aplicársele la frase del cántico de la Biblia: estudió desde los altos cedros del Líbano hasta el hisopo humilde que sube por los muros.

Dejó en todo su huella perdurable. El distinguido escritor argentino doctor Luis María Torres ha aprovechado un trabajo del padre Larrañaga para una investigación etnográfica de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, lo que prueba que también como

antropólogo clavó con fuerza en la realidad su garra de sabio.

Larrañaga podría ser colocado, sin perder de su serena nobleza, entre los españoles que en el fin del siglo de Feijoo cultivaron las ciencias en trueco de la decadencia literaria : Rojas, Clemente, Cavanilles, Mutis, Forner, Hervás, Eximeno, Jovellanos.

A haber vivido en aquel ambiente de estudio y de emulación, nuestro sabio se hombreara con el más pintado de ellos.

Pero no existe ninguno con quien mejor se pueda comparar Larrañaga sino Caldas, el colombiano. Tan universal uno como otro, anhelosos de verdad natural, constructores de sus propios instrumentos de observación y precisión; autores de varios diarios de viaje en que el ingenio sigue paralelo, de una manera sorprendente, idéntico rumbo; dibujantes ambos a porfía de innumerables especies vegetales y no pocas animales, bien que el sabio de Colombia dibujó muchas más que el oriental; aficionados a la ciencia del catastro y la estadística, de las que son aventajados precursores, solamente en pocas cosas se diferencian. Así, Francisco José Caldas era ingeniero mineralógico y astrónomo muy apreciable, mientras Larrañaga le superó en botánica, antropología y lingüística. Por lo demás, en todo se parecen, hasta en el sencillo, ingenuo y amenísimo estilo literario, en que parecen fundirse la vetustez del idioma corrompido, los vulgarismos que plagaban el suelo americano y la frescura de la inteligencia virgen de aquellos hombres.

Caldas, el infortunado, poseyó en su país un observatorio que le proporcionó indecibles consuelos, y el vulgo literario, muy instruído en comparación del nuestro, apreció y pagó en repetidas ocasiones con honores y respeto la gloria que recibía de su conciudadano.

Los dos al par se estremecieron de alegría con las visitas provechosas de sabios extraños, siendo Bonpland confidente de uno y otro.

En lo que no tienen paralelo posible, es en la fortuna bibliográfica, pues al paso que las obras de Caldas han tenido repetidas ediciones europeas y americanas, especialmente la última que ha hecho el venerable don Eduardo Posada, de Bogotá, Larrañaga anda mendigando hospitalidad en revistas.

« Aquella cadena de oro que enlaza todas las ciencias; aquella ley de interna generación de las ideas, verdadero ritmo del mundo del espíritu; aquel orbe armónico de todas las disciplinas que los griegos llamaron « enciclopedia », ⁽¹⁾ fué y es la sustancia íntima; la médula de Larrañaga; caso de los que sólo de tarde en tarde suele conceder Dios a las naciones a manera de foco concentrador de todo el calor sideral de nuestra inteligencia. Entonces, en esos varones casi sagrados, en quienes hizo presa la locura de amor de que nos habla en uno de sus diálogos Platón el divino, amor de sabiduría, resplandece algo así como una nube que guía nuestros pasos.

(1) M. Menéndez y Pelayo.

Por ellos la unidad de la ciencia es realidad plasmada en un cerebro; con ellos el estímulo renace si había muerto, parecen posibles las grandes conquistas del ideal y el entusiasmo baña las almas en un sudor copioso.

Los hechos, la directa, inmediata, innegable realidad avivó en nuestro sabio el sentido hasta el punto de declarar que, en vez de mirar mucho los astros, los ojos se le iban tras las flores, las mariposas y los pájaros, siguiendo la carrera del ciervo en la selva y el arrastrado andar de las serpientes.

Dotes son éstas que cualquiera reconocerá propias de la raza ibérica. Alguno habrá que aun tenga metidas en los cascos las visiones de una España de quijotes y doncellas andariegas y arriscadas; a esos tales no me dirijo, porque son incorregibles: refiérome a los que conozcan siquiera por modo somero algunos de los grandes pensadores españoles: un Cervantes bien entendido, un Quevedo, un Gracián, un Luis Vives, un Fox, un Saavedra Fajardo, un Gómez Pereira...

Aquel Cid despojado hoy de los chirimbolos románticos, y quizá por eso más simpático y verosímil, nos enseña desde el nacer turbulento de la raza los timbres que la singularizan. Él, que peleaba por su pan, él es el padre de los ingenios hispánicos.

También por el pan pelearon con la naturaleza a brazo partido los grandes talentos de la estirpe castellana; también por su pan peleó Larrañaga, el sabio de los hechos substanciosos y aleccionadores. Por

eso hay que incorporarlo a aquellos hombres, que un estrecho lazo de filiación espiritual les unía.

Ni siquiera en el orden filosófico Larrañaga aparece clérigo saturado de los ergotismos escolásticos, ni manchado de aquella peste regalista que le debieron ingerir en las aulas. Hombre siempre abierto a todo viento de sana doctrina, no cristalizó su corazón en las pragmáticas oficiales, y así fué siempre un claro observador, un rectificador pronto de los propios errores; y no cayó nunca en prejuicios. Sabía, y varias veces lo explicó, que su época era de grandes acontecimientos para el porvenir; tuvo las inquietudes consiguientes, pero no abrió ni cerró opiniones definitivas por la cercanía de los sucesos.

Llevó sus timideces previsoras desde la ciencia, donde son necesarias, hasta la política y la diplomacia, y a ello se deben los pasos que hombres irreflexivos le inculpan con clara ignorancia de los tiempos y de las cosas. Su correspondencia privada debe contener tesoros de verdad sobre ese punto, y por ella quizás se vean muchas oscuridades. Si fué acompañado en su debilidad política por los demás hombres de su generación en los sucesos del Brasil, no se olvide que de sus labios no salieron jamás quejas contra el régimen antiguo; y pasó del monarquismo a la república y de ésta al imperialismo aparente, sin soltar injurias para el rey ni para Artigas.

Su famoso « Diario de Montevideo a Paysandú », tan útil y memorable (explotado por Héctor Miranda sin mencionar la parte religiosa del Protector), nos habla mucho mejor de éste que muchas apologías.

Un hombre tan justo como Larrañaga, que trata a Artigas con la deferencia y la devoción con que lo hace no puede mentir ni exagerar. Él mismo se desmintiera después, como lo hizo con cosas pequeñas y de ningún valor.

Cierto, muchos anotamientos dejó en los márgenes de sus escritos, y no es de los menos curiosos el vuelco de sus opiniones de Napoleón, a quien después de ensalzar tanto que más no pudiera, rebajó y humilló con dictados deshonrosos por crueldades, y las de su capitán el perverso Murat, asesino del 2 de Mayo.

Nada hizo harbando, todo con ponderación y tino.

Pero no faltaría descontento de estas prendas de Larrañaga que repitiese el decir de Gracián: « Peor que el ocio es la ocupación de la inútil curiosidad. »

Nuestro sabio acopió en el transcurso de su larga vida lo que después llamaron los naturalistas literarios documentos humanos: esta preocupación es de altísimo género; pues como él decía, el rey de la Creación es el hombre, y de este rey turbulento cuya historia el sabio recordaba con una suerte de horror, había hecho el centro de la naturaleza y el pináculo de toda ciencia.

Se conserva en un archivo montevideano cierto «*Informe*» presentado a la Comisión de Biblioteca y Museo por los miembros de ella D. Bernardo Berro y D. Teodoro M. Vilardebó, sobre el reciente descubrimiento de un animal fósil en el Partido de la Piedra

Sola, Departamento del Canelón (1838). » A este *Informe* sigue un dictamen del Presidente de la Comisión Dr. Dámaso Antonio Larrañaga, refrendado por el Secretario D. Ramón Masini.

No viene al caso el análisis detenido de esos documentos científicos, que queda para otra ocasión; pero no es posible desdeñar uno de los muchos datos contenidos en el dicho *Informe* de Berro y Vilardebó, que parece ser totalmente desconocido por todos cuantos han tratado la presente materia, y en esta alusión pueden llamarse a la parte Lamas, De María y el propio hijo de D. Bernardo, el señor Mariano Berro.

Contiene el *Informe* de la Comisión un catálogo exacto y minucioso de las piezas donadas por Larrañaga al nuevo Museo, y son éstas, a saber:

1) Un pedazo de escudo de Armadillo gigante de 7 pulgadas y 11 líneas de largo sobre 6 pulgadas 8 líneas de ancho; formada del conjunto de 19 a 20 chapas exágonas completamente idénticas a las del fósil hallado en el Pedernal.

2) Un pedazo de escudo huesoso de forma triangular de 3 pulgadas 10 líneas de largo, sobre 2 pulgadas 6 líneas de largo en la base del triángulo, y de un grueso uniforme de 1 pulgada 4 líneas. Tiene 12 pequeñas chapas irregulares en su forma y variables en su diámetro desde 6 hasta 10 líneas.

3) Muchas chapas separadas, que prueban todavía más evidentemente la semejanza ya indicada.

4) De una cola hallada en el Arroyo Seco, com-

pleta en su longitud, y compuesta de una sola pieza huesosa; pero se observan en ella piezas de diferentes diámetros, aunque semejantes a las chapas soldadas del escudo. Es hueca hasta su extremidad y presenta en su concavidad vestigios de vértebras caudales, muy distantes unas de otras. Las dimensiones exactas de esta cola, que se asemeja bastante a la parte inferior de un diente de elefante, son las siguientes: largo, 19 pulgadas; circunferencia en su origen, 13,1 línea; íd. en el medio, 10, 11; íd. a 2 pulgadas de la extremidad, 8, 9 líneas; grueso de la pared huesosa, 8 pulgadas.

5) De dos vértebras caudales con sus respectivas apófisis espinosas (hacia atrás) y transversas (laterales), de 2 pulgadas 6 líneas de largo, otro tanto de ancho y 2 pulgadas 4 líneas de alto comprendiendo la apófisis.

6) De un fémur truncado en el origen del gran trocánter, pero perfectamente conservado.

7) Dos fragmentos de mandíbulas pertenecientes a distintos animales, con dientes molares perfectamente conservados.

De estos restos fósiles de animales no se tenían más noticias que las dadas por el propio Larrañaga, en 1837, en la nota-contestación en que agradecía aceptando la presidencia de la Comisión de Biblioteca y Museo. Allí el sabio menciona sus donativos, citando en lugar preferente y en forma concreta, el *Dasytus Megatherium* « encontrado por mí á las puertas casi de nuestra capital ». Es evidente que se refiere al

precitado Armadillo gigante catalogado por Berro y Villardebó. Ya en las cartas que a continuación de este estudio se insertan, hay constancia de los afanes de Larrañaga por esclarecer la categoría de los dasipos cuyas láminas le enviara el Pbro. Muñoz desde Buenos Aires.

En el dictamen de Larrañaga se mencionan las investigaciones geológicas y naturalistas de diversos viajeros europeos, citándose dos, alemán uno e inglés el otro: doctores Linkl y Sillow; este último reconoció las orillas del río Arapey y, como el otro, extrajo del subsuelo y de la superficie diversos cráneos y otros fragmentos fósiles que debidamente identificados y conservados servirían, según Larrañaga, para esclarecer a la luz de la ciencia las edades primeras del mundo. Percibimos en aquel espíritu singular como un anhelo constante de superior armonía científica, nunca el laberinto inorgánico de los pormenores sin la levadura sazonzadora del condimento intelectual, nunca la dispersión fatigosa de la memoria. Él alentaba la formal sed de saber, la vocación generosa de la sabiduría.

A tal punto tenía entrañadas las ciencias de la Naturaleza, que él, hombre de sólido saber, de quien no se conocen los versitos neoclásicos a los Batilos y Sílides usuales en su tiempo, sintióse poeta y fabulista por virtud de su amor a juventud, para cuya instrucción y deleite escribió y dictó desde 1826 no menos de 40 composiciones hasta hoy desconocidas y en poder de don Mariano Berro, su solícito panegirista ⁽¹⁾.

(1) Don Mariano B. Berro las editó pulcramente en un tomito *Fábulas Americanas* por un Montevideano, 1826. — Montevideo, Imp. Artística, de Dornaleche Hermanos, 1919. — Fué publicada esta curiosa colección en Mayo de ese año. En Agosto fallecía repentinamente su meritorio editor.

Era, pues, la vocación que le arrastraba un círculo cerrado, pero tan inmenso que cupieran dentro las facultades humanas en su plenitud. Había en su entendimiento una luz blanca donde se fundía la serie rica y variada del universo.

Así, resumiendo las dotes profusas y estilizadas que las páginas de sus manuscritos sugieren al contemplador de espirituales rasgos, el prelado oriental lleva entrelazada a sus armas eclesiásticas una rama de silvestres plantas, entre las que brilla con matices violetas la pasionaria nativa.

Especialista y enciclopedista, y al mismo tiempo americano por su labor etnológica, diplomático y político, sacerdote ejemplar, hombre santo y pleno de nativas y cultivadas virtudes, austero en la fortuna, amigo incomparable...

Y lo que sirve más al buen nombre de estas tierras nuevas de civilización: fué americano acendrado y entusiasta. Rodó ha escrito que sólo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un pensamiento americano. Nacido en una época que presenciaria la génesis de la edad contemporánea en un suelo yermo de ciencia y arte, agitado por enconados odios, de cultura infantil, Larrañaga flotó sin sumergirse merced a una irresistible vocación de sacerdote y de sabio, que le hará modelo perdurable de abnegación y firmeza.

Si tan maravillosas condiciones no logran por sí solas imponer en quienes pueden y deben un auspicioso empeño por sacar a luz los manuscritos que

dejó, después de juntarlos con los dispersos, el lamentable caso engendraría incredulidad en la gloria que pueden rendir los hombres, aun esta póstuma y tardía que he pregonado.

Existe en la naturaleza un singular género de ópalo capaz de no vista transparencia al sumergirse en el mar, al que de antiguo se le llamaba hidrofana.

Tal con sabios del temple del nuestro: la onda del pasado, el océano tan caudaloso del ayer los embelece y penetra de luz.

Asoleado su espíritu por ese astro de la posteridad, ha lucido múltiples aspectos y mostrado facetas desconocidas; pero sólo la lectura de documentos,—y el padre Larrañaga los dejó valiosos y de toda especie,—tiene poder bastante para sacar de la propia sombra vestigios de nuevas prendas de talento y carácter.

Larrañaga sabio, Larrañaga político, Larrañaga filántropo, Larrañaga escritor amenísimo hasta por la hermosa caligrafía de su amanuense, que no hace echar de menos el tipo de imprenta, no es, con todo, ni con mucho, el Larrañaga íntegro y cabal que aparece al través de la selva de papeles legados por su solicitud de archivero.

Queda, en efecto, el Larrañaga educador, el Larrañaga prelado, el Larrañaga íntimo.

Bien se comprenderá que no puedo ofrecer ni siquiera un bosquejo de estos magníficos aspectos intelectuales y morales en un artículo que pretende cerrar la enojosa serie de disquisiciones en que lo único tolerable es el tema, nunca la realización.

No quiero dejar de transcribir unas frases de nuestro hombre al doctor Lucas J. Obes, Ministro de Rivera en 1834. Había el Gobierno de la República solicitado del Vicario Apostólico el concurso de los párrocos de campaña para la saludable tarea de propagar y conservar el precioso suero de vacunación. Monseñor Larrañaga, que era el Vicario, contestó (a los tres días) ofreciendo todo su empeño e influencia en favor del propósito, y añadiendo lo siguiente: «El respetable clero argentino, a quien entonces el nuestro se hallaba unido, cuenta entre una de sus mayores glorias haber sido el primero que se encargó y conservó por muchos años. Son bien notorios y relevantes los servicios prestados en esta parte por mi honorable amigo y colega, hoy canónigo de la santa Iglesia Catedral de Buenos Aires, el señor doctor D. Saturnino Segurola. Yo también en esta capital tuve la honrosa satisfacción de introducirlo de nuevo, de propagarlo por mí mismo y de conservarlo por una larga temporada, imitando mi ejemplo mis compañeros en la campaña; de modo que habrá pocos que no hayan practicado esta benéfica operación.» Y a seguida declara que es de necesidad que se envíen instrucciones que garanticen la eficacia del remedio, y anota un dato importante sobre los efectos de la viruela en la República, enfermedad que hubo concluído con la mayor parte de los indígenas y se había hecho endémica entre nosotros.

Leída parte de esta nota, escrita el 9 de Agosto del 34, pasemos a señalar dos o tres rasgos del educador, del médico de los espíritus.

Preocupaciones científicas del ilustre doctor Lamas, repetidas por don Carlos M. de Pena, pudieron hacer creer al desprevenido que Larrañaga por su fe religiosa detuvo el vuelo de sus investigaciones y de sus deducciones geológicas, cuando al separarse con alto sentido crítico de la teoría de Cuvier sobre la formación de la cuenca del Río de la Plata, atribuyó ésta a depósitos lentos y sucesivos de conchas fósiles.

Hombre de datos férreos y bien observados, el sabio no pasó nunca más allá de lo que el lógico discurso le aconsejara, y a esa discreción admirable debe precisamente su utilidad y actualidad.

¿No sabía acaso el padre Larrañaga que la ciencia no tiene partido alguno, y que, no obstante, estaba forzada a demostrar cuanto los sectarios quisiesen?

La ciencia por la ciencia misma, la sublime inutilidad de la ciencia, fué su norte, y ella, rescatada en nuestros días de su cautiverio revolucionario, le agradece el desinterés.

No costaría trabajo coleccionar, espigando, párrafos en que el sabio oriental afirma, sobre la base de sus estudios, que la religión y la ciencia se aman y se buscan.

Cuando tres cónsules extranjeros se presentaron al Gobierno de la República, en 1840, solicitando a nombre de sus súbditos edificar un templo protestante del lado sur de Montevideo, Larrañaga dictó a su secretario don José Raymundo Guerra, pues ya estaba ciego, una impugnación notable por la seguridad de las ideas y lo hábil de las razones. Y dice en un

párrafo: «Se ha estudiado profundamente la Naturaleza y la moderna geología está acorde con la de Moisés.»

Como todos los verdaderos enciclopedistas, Larrañaga lo fué desde que abrió los ojos a la ciencia, y así bien se puede aseverar que el educador anhelo de su alma era ingénito. Aparece desde las primeras cartas que se conocen de él, las de los años 1807 y 1808, donde una sed inextinguible de saber le lleva hasta aguardar el día en que el clero americano reciba el bautismo del estudio pertinaz de la ciencia.

En la copiosa correspondencia que nos dejó, según tengo dicho y es notorio, abundan las exhortaciones al estudio, el patrocinio de los aficionados, el perenne sentido en la educación pública.

Suyo es el completo plan de estudios que se bosquejó en 1837 para la Universidad, en íntima colaboración con su amigo el Presbítero Dr. Mateo Vidal, y también suya es la gloria del realizado en 1849. La correspondencia que sostuvo con Manuel Oribe en ese año de 1837, honra al par a uno y a otro. Larrañaga no quería aceptar de ningún modo la Rectoría de la nueva Institución, y el Presidente, con abundancia de razones, no cejaba en que no dejase de serlo.

El ejemplo pudo más por aquellos años que todo cuanto pueden decirnos las comunicaciones: Larrañaga, hombre elogiado por Cuvier, Bonpland y Saint-Hilaire irradió como un sol benéfico los haces de la buena luz espiritual.

Porque era sabio y era bueno: que la bondad vir-

tuosa es el más directo vehículo al aprovechamiento de los hombres.

Obtuvo la colaboración espontánea y afectuosa de sus subordinados, que se honraban al enviarle ora una alimaña silvestre, ora lozanos retoños de plantas, como leo en las cartas de sus amigos y entre ellos el párroco de Rocha.

Por tal modo entra por los sentidos externos del vulgo el verdadero concepto de la primorosa y peregrina alianza que hacen tal cual ocasión la virtud y la sabiduría, y dígase si existe especie más alta de educación popular que esta de Larrañaga en todos los días de su vida.

La independencia de carácter no flaqueó tampoco en él, según lo atestigua una carta enérgica y muy clara, dirigida a don José Artigas el día 9 de Diciembre de 1815, haciéndose cargo de las reticencias de una epístola que le envió desde Purificación el Protector, y en la cual se podía leer entre líneas que Artigas casi deseaba que el Vicario de Montevideo renunciase al puesto tan largamente gestionado.

«Yo soy Patriota, pero no charlatán», escribe Larrañaga.

Larrañaga se enfrenta con su jefe y le declara que si desea su retiro lo diga sin rodeos, que él no pretende seguir en la Vicaría ni jamás la pidió. No conozco la respuesta de Artigas, pero debió excusarse, desde que escribió a Larrañaga de inmediato en tono muy amistoso en Enero, Febrero, Abril, Mayo, etc., del siguiente año. Tuvo la culpa de ese incidente la

recua de chismosos que decía Larrañaga, los cuales pretendían separar a dos hombres que tan bien se comprendieron siempre desde los albores de la Revolución, como el propio sabio escribiera al Protector.

El educador libre tenía alta y serena el alma para mostrar autoridad de maestro, como lo reconoció Artigas, que después del discurso famoso de la Biblioteca, agradecióle su adhesión a la causa de la Patria buscando la ilustración de los orientales, « los hombres nuevos que estamos formando. »

Años más tarde, en 1822, bajo la dominación del Portugués, aparece en Montevideo la « Sociedad Lancasteriana », ideada y nacida al calor del corazón del botánico, auxiliado por los más ilustres caballeros de Montevideo.

Una curiosa nota puesta por él al margen de carta (en copia) enderezada a un amigo radicado en Buenos Aires, en 1809, nos dice cómo crecía más y más su admiración por el genio inglés. Convencido ya de las felonías de Manuel Godoy, seguro de la traición y miras conquistadoras de Bonaparte, el Capellán de la Reconquista, que seguía la política europea como seguía todo progreso humano, volvió los ojos hacia el gabinete de Saint James y dióse a la lectura apasionada de libros y revistas ingleses. Es indudable que conoció la doctrina escocesa de Hutchesson, catedrático de Glasgow, pues en su interesante y universal MS. « Libro-Lugar común » (vol in folio), copió varios artículos de la Revista de Edimburgo; y entre los papeles depositados en nuestro Archivo Histórico

hay extensísimos artículos copiados y traducidos de la Enciclopedia Británica, obra que manejó mucho antes de 1817, fecha que señala la total ascensión de su espíritu en el viaje fructuoso al Janeiro, llevando la misión secreta del Cabildo. Allí se relacionó con librereros y compró a Humboldt, completó Cuvier, etc.

La progresista doctrina de Láncaster recibió calurosa acogida de Larrañaga, y la « Sociedad » vivió y prosperó varios años. D. Orestes Araújo, en su Historia de la escuela uruguaya, estudió ya con buen bagaje y recto criterio esta hermosa etapa educadora de nuestra tierra; yo me exento de hacerlo.

¿Qué dejó por estudiar Larrañaga? Conocía los problemas americanos y europeos con exacto entendimiento. Al rebatir el proyecto del templo anglicano, no olvidaba hacer el argumento de Bossuet adaptándole a la República: que la petición de una secta se seguiría de otras muchas, y entonces la división quedaba más profunda entre los orientales, lo cual era impolítico, y la confusión pondría su obscuro trono. Sostuvo también que no era lícito abrir la puerta a las libertades ajenas, desde que los anglicanos las cerraron trescientos años a los católicos, y aun oprimían a Irlanda... Era la época vibrante de O'Connell. Larrañaga debió aplaudir sus arengas por la libertad irlandesa. En todas las cosas aparece el mentor, el guía provisto del bordón y la estameña, guía austerísimo, en verdad.

De si Larrañaga comprendió el noble oficio de maestro orientador, de investigador paciente, de organiza-

dor de las infantiles energías de sus compatriotas, pruébanlo largamente estas palabras escritas al aceptar y agradecer el nombramiento de presidente de la Comisión de Biblioteca y Museo, cargo que le otorgó con elogiosos conceptos el Presidente Oribe en 1837.

Dice el santo Vicario que sintió renacer parte del antiguo entusiasmo por las cosas de ciencia, y agrega: « Siempre esperé que llegaría el tiempo de esta suspirada y venturosa época, en que mis ocios mismos serían útiles a nuestra Patria y a los progresos de las Ciencias, porque sabía que exploraba un país virgen y feracísimo, viéndome en la precisión de poner, como Adán, nombre a casi todas las producciones que se me presentaban, para darme a entender a los sabios. »

En seguida regala, para beneficio de los estudiantes y aficionados, al Museo Nacional sus ricas colecciones zoológicas, botánicas, minerales y cuanto objeto curioso conservaba de sus excursiones de antaño, todas con sus catálogos, y entre los objetos que más preciaba el « *Dasypus Megaterium* ». Numerosos dibujos originales de su puño, trazados y coloridos, entraron también en la inapreciable donación. ¡Oh generosidad desconocida de los modernos! ¡Oh leal y profundo amor por los hombres!

Dadme sabios educadores de esta casta, y yo cambiaré el corazón humano haciéndolo sensible y como de cera.

Nace predestinado al sacerdocio un hombre, es bueno y sabio, es querido, es maestro. La realidad le ciega al fin; no importa, porque su espíritu, disuelto en la

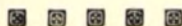
sal eterna de la sabiduría, cuaja en cristales maravillosos. La verdad humana absorbe su virilidad y pierde los ojos; pero al cegarle le restituye y concentra el espíritu, que no echa de menos la luz de la tierra.

Esta ceguera de los grandes veedores tiene larga historia, y a fe que si creyésemos en la profana mitología, la llamaríamos venganza de Minerva. Homero apaga sus postreros « odes » en la tiniebla visual, Milton queda ciego por el fulgor de la espada del Ángel.

« Estoy ciego, escribía Larrañaga en sus últimos años, pero siento el olor de mis flores, oigo el zumbido de mis colmenas y los cantos de mis urracas; me da en la cara el viento suave de la mañana y bendigo a Dios que ha hecho tanta maravilla con un orden admirable, que siempre he gozado en reconocer ⁽¹⁾. »

Yertas las flores de su vida mortal, apagado el zumbido de sus oficiosas labores científicas, el viento fresco de la mañana de la gloria traerá el perfume de las palabras estampadas en el pergamino y de las colmenas subterráneas, de esas que él también cultivó, que hundidas hacen armoniosa la madre tierra.

M. FALCAO ESPALTER.



(1) Carta a su sobrina doña Clara Errasquin de Jackson; colección Berro. Véase « Los Principios », de San José, de Enero de 1915, en que se insertaron dos interesantes artículos de don Rafael Algorta Camusso. Este escritor ha esclarecido en forma documentada y definitiva los orígenes de la familia Larrañaga. (Cf. « Revista Histórica », de 1917).